

del desierto movidas por el viento; parece que toda la tierra se conmueve y se trastorna, que los cerros varian de lugar, que las pirámides quedan sepultadas, y que el caudaloso Nilo va á desaparecer enterrado bajo los promontorios que arroja la tierra de su seno. Yo contemplaba este imponente espectáculo teniendo enfrente al desierto conmovido y á mis espaldas los silenciosos campos del Egipto; el viento azotaba la gran pirámide que hace cuarenta siglos ve morir dia por dia á su pié las olas de arena en que los huracanes amenazan sofocarla.



CAPÍTULO XXI.

Los desiertos. — Impresiones y recuerdos. — Contradiccion monstruosa: — Ruinas de Tébas. — Misiones del Alto Egipto. — Religiosos en traje de Árabes. — Vuelta á Alejandria. — Última reflexion sobre la Iglesia oriental. — Malta. — Origen de sus grandes monumentos. — Seminario protestante. — Exámen sobre sus misiones de la India. — Sus resultados comparados con los de la mision católica. — El obispo de Corfú, Malta y Gibraltar.

¡ Los desiertos del Egipto ! ved ahí una palabra que me habla con fuerza y dispierta en mi corazon imágenes llenas de poesía mas sublime que la de Homero , y que retrata la inocencia y el candor con mas perfeccion que los bellos cuadros cantados por Virgilio. Y no es el espectáculo imponente y majestuoso de las arenas conmovidas por el huracan , ni la aridez eterna que se percibe en los montes lejanos de Libia y de la Nubia , ni los bosques de palmeras que se encuentran en las oasis , sino otro que me dibujaban las riberas del Nilo y las soledades del desierto. No hay en la historia pasajes que revelen mejor el espíritu que animó á los cristianos primitivos como los que recuerdan aquellos lugares : la Nitria y la Tebáida se hicieron famosas , como lo fueron despues los páramos del Líbano y de Palestina , desde que millares de personas iban á esconder su inocencia entre las colinas , y á encomendar á las bestias feroces la defensa de un tesoro que los hombres se empeñaban en arrebatárles. La dignidad humana se enorgullece recordando cuadros tan bellos como el que ofrece la vida de estos ilustres solitarios.

Oigamos cómo los dibuja uno que los contempló de cerca durante largos años: « Las rocas escarpadas ó las cavernas profundas son su morada, se encierran en los montes como tras de inaccesibles murallas, la tierra es su mesa, y su comida ordinaria las yerbas que ella misma produce; las aguas que llevan los arroyos, ó las que brotan las aberturas de las rocas, les dan refrigerio. Para ellos son templos todos los lugares del universo, su oracion es continua, y en su ejercicio santo pasan los días enteros. Las alabanzas son los sacrificios que ofrecen al Señor en las concavidades de sus grutas, y allí ellos mismos son el sacerdote y la víctima. Ellos ignoran lo que es ser grande entre los hombres, ni imaginaron jamás abrirse camino para llegar á los primeros puestos del siglo; su bajeza es su gloria, y en su vida humilde trabajan por ser fieles al que siendo rico se hizo pobre por amor nuestro. En la cumbre de los cerros están como refulgentes antorchas que alumbran á los que vienen á buscarles, movidos por su piedad sincera; en medio de la soledad es esta su muro impenetrable, para defender la tranquilidad constante de sus almas; como palomas reposan sobre las colinas, y como águilas se levantan sobre la cima de las rocas mas altas: si alguna vez fatigados van á tomar un instante de reposo, es sobre la tierra, y para alzarse al momento con nuevo fervor y hacer resonar cual trompetas sonoras los desiertos y los montes, las colinas y los collados con sus cánticos á Dios.... Su muerte ni es menos dichosa, ni menos admirable que su vida; ningun cuidado tienen de hacerse construir tumbas: crucificados al mundo, la violencia del amor que les une á Jesucristo les ha dado el golpe y abierto la herida mortal; el mismo sitio que eligieron para pasar su vida de penitencia será tambien el de su sepultura. Muchos, en medio de su oracion fervorosa, cerraron sus ojos como con un sueño dulce; y otros, que vivian como unidos con las rocas que los sostenian, pusieron su espíritu voluntariamente en las manos de Dios. Unos

haciendo su ejercicio ordinario, murieron en las montañas que les sirven de tumba; y otros, conociendo haber llegado para ellos su última hora, murieron recostándose sobre su sepulcro, sin otra compañía que la de una cruz que apretaban sus manos. Todos esperan la voz del Arcángel, que mandará á la tierra entregar los muertos que Dios le confió, y cuando este instante llegue, renacerán como el blanco lirio para resplandecer con candor inmortal (1). » Estas escenas eran las que recordaba en presencia de los desiertos y en las orillas de aquel Nilo que vió reunidos en una ocasion doce mil monjes salidos de los arenales y montañas vecinas, para recibir al invencible Atanasio expulsado de Alejandria, y huyendo de los cismáticos, que le perseguian con furor sin ejemplo. Hoy cuando las ideas han variado, sin que las costumbres hayan dejado de adolecer de vicios peores que los de aquellos siglos lejanos, los que se llaman libertadores de los hombres disputan á estos el derecho de separarse de los demas, y persiguen á los que usando de su libre voluntad quieren vivir como los solitarios de Egipto. ¡ Contradiccion incomprendible! Se reconoce en el individuo el derecho de ser ateo, mahometano ó judío, y se le niega el que tiene para profesar la perfeccion cristiana; se mira como atentado poner en duda la libertad del ciudadano para reunirse en clubs y en sociedades que pueden comprometer el órden público, y se sancionan y ejecutan al mismo tiempo leyes formidables contra esos mismos ciudadanos cuando pacíficamente se reunen para ocuparse de intereses mas nobles que los terrenos. Cuanto mas se piensa en contradicciones semejantes, tanto mas monstruosas se presentan. Los modernos reformadores de la sociedad jamás podrán lavarse de la mancha que contrajeron invadiendo los derechos individuales, cuando perseguian á los monjes y arrancaban de su retiro á las religiosas... Esa libertad que vindicaban

(1) *Vit. monast.* (Ephren Syrus.)

para los demas tambien debian tenerla estos, pues no es justo darla á unos y despojar de ella á otros al mismo tiempo. Es una política bárbara y cruel pretender obligar á otros á vivir en medio del bullicio cuando su voluntad les lleva á la soledad: el hombre tiene algo sagrado, y cuya posesion nadie sobre la tierra puede disputarle; esta es su voluntad dirigida por la conciencia y la justicia de la ley: quien extienda hasta allá su mano, quien toque ese santuario, ultraja los derechos mas sagrados del hombre, es injusto, es temerario. Á los ateos de nuestro siglo de Francia, España, Suiza, Piemonte, Nueva Granada y Vénézuela puede hacerse con justicia este reproche.

Las ruinas de Tébas, como las de todas las grandes ciudades que pasaron, hoy apénas nos dejan contemplar en esqueleto la famosa corte de los Faraones. Pero si se sorprende el hombre recordando que aquellos edificios arruinados cobijaron legisladores experimentados, guerreros famosos, sabios profundos y príncipes que protegieron las letras y las artes, si enmudece contemplando que esa Tébas fué en Oriente emporio del saber, y que todas las naciones contemporáneas la consideraron como el pueblo mas civilizado del universo; jamas podrá comprender mejor las variaciones á que están sometidos los hombres como cuando mira saliendo de entre los chapiteles enjambres de sabandijas, enroscadas en los trozos de mármol culebras ponzoñosas, y paseando por las cavidades de las ruinas los lobos y las hienas que acechan el momento favorable para devorar alguna de las bestias que habitan los sitios que fueron morada de los reyes mas ilustrados del Oriente. La condicion de Tébas debió ser verdaderamente régia; sus vestigios ocupan un espacio inmenso, sus vastos cementerios, sus tumbas, sus obeliscos, sus palacios, sus templos, todo nos indica el esplendor de su opulencia y á la vez la magnitud de su caída. Como en Sákara, los naturales se ocupan en excavar los sepulcros y sacar las momias, que venden á los extranjeros... ¡llegará

dia en que ni un sepulcro de las inmensas necrópolis de Sákara, Gise, Tébas, Heliópolis y demas de Egipto deje de haber sido profanado, y los tranquilos moradores de esas ciudades de la muerte, despues de haber pasado cuarenta siglos en silencio profundo, atravesarán mares que nunca conocieron, y se encontrarán expuestos á la expectacion del universo en los museos de todas las naciones.

En casi todos los pueblos considerables del Alto y del Bajo Egipto, diseminada la doctrina católica por el celo fervoroso de sus misioneros, se encuentran iglesias y escuelas que son como su semillero. He visto á estos misioneros, vestidos como los Árabes, viajar en camellos como estos, atravesar los desiertos, y caminar sin defensa alguna contra los rayos del sol sentados en barcas descubiertas que suben las corrientes del Nilo. Dos cosas admiré principalmente entre los muchos objetos que ofrecieron á mis observaciones la fisonomía, el carácter y las costumbres de aquellas gentes, salidas de los montes de la Nubia, de la Abisinia y de las oasis del desierto. Fué la primera el desprecio que hacen de la dignidad humana, que no conocen: oíd un suceso que palpé. En una de las embarcaciones en que bajé el Nilo, un Egipcio conducia veinte esclavos de los dos sexos, que por su figura me parecieron todos de la Nubia; llegados á bordo, metió algunos en la estrecha bodega de la embarcacion, y recostándose él sobre cubierta á la sombra de un rico toldo, miró impasible cerrar la puerta de la escotilla y colocar luego sobre esta diversas mercancías, que debian depositarse en un pueblo que estaba á muchas horas de distancia. No pude permanecer tranquilo viendo tal crueldad: fuí al patron de la embarcacion, y le hice decir por mi intérprete que seis muchachos iban á perecer en la bodega por falta de aire, si no hacia abrir la escotilla cargada de sacos. Incómodo el patron con el dueño de los esclavos, se contentó con injurarlo; pero « perderá su plata, dijo al mismo tiempo, pues no los sacaré hasta que lleguemos. »

La razon se ofusca y el corazon palpita cuando se presencian tales lances; no faltó quien abriese su bolsa, y pagase el trabajo de arrimar aquellos sacos para salvar la vida á tantos infelices que no fueron esclavos sino por la injusticia de los hombres. Frente á este desprecio de la nobleza del ser racional, admiré la solicitud con que otros, que profesan principios religiosos diferentes, trabajan por remover las fuertes barreras levantadas por la ignorancia para servir de trinchera á los vicios, fuente de la degradacion humana. Esos sacerdotes que recorren el desierto, que atraviesan el Nilo en toda direccion, que suben los montes escarpados de la Nubia, vestidos como los Árabes, con su piel ennegrecida como los Abisinios, y soportando la fatiga que producen los viajes en un temperamento ardiente y propenso á fiebres, no se proponen otro fin que combatir por todas partes las empresas de los que degradan individuos de nuestra propia especie, redimir á estos de la opresion y salvarlos de la injusticia, ya derramando sobre todos la luz de que carecen, y ya tambien abogando por los esclavos en presencia de los grandes, de los poderosos y de los magistrados mismos cuando es posible. Para conseguirlo, los he visto sometidos al aprendizaje de idiomas dificiles para los Europeos, y hechos niños con los niños recibir á veces lecciones de estos mismos, porque no se les proporcionaba otra clase de maestro. Es necesario convenir que para someterse á tales pruebas se necesita una vocacion celestial, pero á la vez es necesario convenir tambien que esta no se encuentra sino en el seno del catolicismo.

Bajando el Nilo volví á Alejandría, y podia decir que daba mis últimas miradas á la Iglesia de Oriente, que habia observado en su territorio de Europa, Asia y África. Desde que en la corte del rey de Holanda ví por primera vez á los sectarios de Focio (1), desempeñando las funciones del mi-

(1) Capellanes de la reina madre, princesa de Rusia.

nisterio sagrado, hasta la última ocasion que entré en su templo de Alejandría, he procurado observar sus ceremonias y visitar sus iglesias, he entrado alguna vez en sus rarísimas escuelas y en conversacion con ellos mismos cuando he tenido oportunidad. Triste es decirlo, aun cuando sea cierto; la muralla de separacion alzada entre los cismáticos y la comunion católica es tanto mas fuerte, cuanto aquellos presentan en su ignorancia, en su fanatismo, en sus preocupaciones y en su falta de disposicion para buscar la verdad, baterías formidables que sostienen aquella y la hacen casi impenetrable al celoso esfuerzo de los que trabajan por abatirla. Si la discusion razonada y juiciosa fuese posible, si existiese entre los sacerdotes, y aun en la mayoría de los obispos mismos, ciencia suficiente para sostener la controversia, y si estuviesen dispuestos alguna vez para entrar en esta de buena fe, la reunion del infeliz cisma de Oriente á la Iglesia universal dejaria lugar á muchas esperanzas. Pero cuando esto no sucede, y en vez de discutir les vemos declarar que no debe entablarse conferencia alguna con individuos de otras comuniones, contestar con persecuciones odiosas á los llamamientos caritativos del catolicismo, y responder los obispos con injurias soezes á la voz augusta que les hacia presente el estado lamentable de su comunion y les amonestaba volver á la unidad, no abrigamos por ahora aquella esperanza, y creemos que el tiempo en que este ramo cortado del árbol que plantó Jesucristo debe unirsele de nuevo no ha llegado aun. Ella continuará representando todavia el triste espectáculo del hombre que muere lentamente consumido por una enfermedad larga. Vemos las sillas patriarcales disputadas frecuentemente por dos ó mas obispos, como la de Constantinopla. Vemos dejada la de Jerusalem como herencia por Atanasio á Doroteo, que se presenta á tomar posesion del báculo de su antecesor, sin otro título que la voluntad significada por aquel en su testamento; y rechazado Doroteo por los monjes y sus afilia-

dos, vemos entónces subir al patriarcado de la ciudad santa á Cirilo, que desde el humilde puesto de portero de la basílica habia subido ya hasta el de obispo de Lidda. Vemos luchar á los tres patriarcas por instituir en la sede de Alejandría á un monje, que no obstante haber recibido ya la consagracion episcopal, era rechazado por el rebaño que se le encomendaba y habia elegido para sí otro pastor; y el estado de la Iglesia de Antioquía bien se manifiesta cuando á la muerte de Metodio, penúltimo patriarca cismático, tuvieron, para darle sucesor, que ocurrir sus sufragáneos al patriarca de Constantinopla, pidiéndole que nombrase uno que no fuese de la provincia, único medio de cortar rivalidades y competencias. El que pretendió la mitra de Jerusalén como heredero testamentario, fué entónces designado para sucesor de Metodio en Antioquía. Estos hechos son contemporáneos, y viven aun los individuos que desempeñaron en ellos el primer papel. ¿Y podrá decir alguno que es legítima y cristiana la subsistencia de un órden de cosas semejante? ¿La institucion del Verbo Divino podrá producir un desórden tan monstruoso? Injurian á la Divinidad los que pretenden demostrarlo. La Iglesia oriental lleva estampada en su frente la marca de reprobacion, la lleva estampada en sus vicios, en su ignorancia y en su degradacion lamentable. Mas una Providencia existe y siempre en vela por la conservacion de la unidad cristiana; bien puede la ambicion de los hombres dividirla en provecho suyo, bien puede prolongar su obra de iniquidad, pero no llegará á triunfar jamas: la voz de Jesucristo habló por su Vicario á esta porcion extraviada de su rebaño, no para insultarla en su desgracia, ni para avergonzarla echándole en cara sus llagas ignominiosas, sino para llamarla al camino del que le apartan sus desórdenes, y para que buscasse en la unidad el único remedio que podrá sanarla de sus males (M). Esta voz no ha sido escuchada, ya lo hemos dicho; pero esperamos que lo será mas tarde, y la Iglesia de Dios no tendrá sino

un Pastor, así como no reconoce mas que un solo Fundador.

Malta fué el primer punto que toqué volviendo de Alejandría para Europa, y sus inexpugnables fortificaciones están en armonía con la fe tambien inexpugnable de su poblacion eminentemente católica. Puedo repetir por experiencia lo que en 1849 escribia un viajero aleman: « Los habitantes de Malta han sido siempre los mas fieles al catolicismo. » Mas de cincuenta años hace que está sometida á la Inglaterra, y aunque la política de esta nada ha intentado directamente para combatir las creencias del pueblo, la Sociedad bíblica no obstante ha trabajado en su propaganda protestante con libertad y bajo la égida de un gobierno que tambien lo es. Pero á pesar de todo esto, de ningun suceso favorable puede gloriarse hasta hoy: el catolicismo ha pasado por severas pruebas, es verdad, ha tenido que llorar apostasías y sufrir las heridas profundas que le abrieran los escándalos de los apóstatas; mas no eran estos fruto de exhortaciones de los ministros anglicanos que trasformasen algun católico en protestante, puseísta ó evangélico, no por cierto; eran apóstatas que aprovecharon las tempestades políticas de Italia para desertar del Santuario, y escapando luego del castigo que les amenazaba, arribaron á las playas de Malta como aquellos inmundos pólipos que arroja el mar sobre la costa despues de las tormentas, ó como los cocodrilos sofocados que deja el Nilo despues de sus creces, y apestan á los vivos causándoles á veces la muerte con su hedor. Á siete ú ocho llegó el número de aquellos, entre los que se contaban los mismos en cuyos nombres se glorió mas tarde el protestantismo anglicano, aquellos que enroló en sus filas con el romántico epíteto de *Mártires de la Inquisicion* (1).

Buena prueba ofrecen del catolicismo de los Malteses los

(1) Véase el capítulo XII del tomo I.

insignes monumentos religiosos que encierra la isla, y dan á sus grandes ciudades un esplendor que puede competir con el de las primeras capitales de la Europa; ahora mismo se concluye en Musta, á una legua de Lavalette, un vasto templo bajo plan semejante al célebre Panteon de Roma, pero mas vasto que este todavía: tal obra, que será insigne cuando se haya concluido, no ha tenido sin embargo mas elemento para erigirse que el celo de un párroco y el devoto entusiasmo de sus feligreses, que emplean los dias festivos en cincelar sus piedras y levantar sus arcos y murallas. Todos los establecimientos públicos que posee Malta, todos aquellos monumentos que le hacen tanto honor, los debe al catolicismo; sus colegios de educacion, su universidad, sus bibliotecas públicas, sus insignes catedrales y sus basílicas suntuosas, todas nacieron del espíritu católico, del mismo modo que las semillas llevadas por el viento hicieron nacer árboles hermosos y plantas olorosas en las oasis del desierto. Yo experimentaba una satisfaccion interior cuando al entrar en la magnífica biblioteca pública de Lavalette, en la suntuosa iglesia de los Caballeros, en la soberbia catedral de Città-Vecchia y en todos sus establecimientos públicos, veía al frente de sus fundadores los obispos y las congregaciones religiosas.

Hemos indicado que el protestantismo anglicano desarrolla en Malta sus empresas de propaganda bíblica; y en efecto, en Lavalette tienen las *sociedades cristianas* de Londres instituido un seminario para formar los misioneros de la India. Es el primero que se abre con este objeto especial, y el primero tambien que ha manifestado la ineptitud del protestantismo para esta clase de empresas. En él se educan constantemente de ciento cincuenta á ciento setenta jóvenes, nacidos en la India su mayor parte é hijos tambien de misioneros ingleses; se les procura formar el corazon en la lectura de la Biblia comentada por ellos mismos, no se les aplica á ningun ejercicio de piedad fuera del servicio del

domingo, pueden á su arbitrio cultivar las relaciones que les inspire su voluntad, y con la instruccion del latin y de la teología protestante se les prepara para evangelizar á los pueblos, como si el latin ó la teología inspirasen por sí mismos otras virtudes que necesita el apóstol, y no se alcanzan sino por el vencimiento del individuo, por la mortificacion de la voluntad, por la abstraccion de los negocios del siglo y por la aplicacion constante de las acciones al ejercicio de la caridad. No debe pues maravillarnos el poco fruto que ha dado el seminario anglicano de Malta, y el escaso que dará tambien cualquiera otro que se instituya bajo sus mismas bases. Examinemos aquel, valiéndonos de los datos oficiales que hemos recogido, y que están por lo mismo léjos de toda sospecha de parcialidad.

Teniendo á la vista las relaciones publicadas por diversos meetings de las sociedades de propaganda que existen en Londres y Edimburgo, resulta que estas pagan en la India, Australia y en otros países mas de mil misioneros y cerca de seiscientos agentes subalternos, que dan á cada uno de aquellos cien libras esterlinas por año cuando prestan sus servicios en América, doscientas cuarenta á los de Asia, aumentándose esta pension cuando son casados á razon de veinte libras por cada uno de sus hijos, y trescientas á los de África; resulta igualmente que el gobierno británico ha dotado con munificencia sedes episcopales en Bengala, en Calcuta y en otros puntos, cuyos obispos gozan la enorme suma anual de cinco mil quinientas libras esterlinas (1), y que los arciprestes y ministros inferiores poseen tambien pingües rentas; y resulta, en fin, que tanto aquellas sociedades como el gobierno invierten cantidades ingentes de dinero en esta propaganda. ¿Pero cuáles son sus frutos miéntras tanto? « Ninguna nacion cristiana poseyó jamas, dice un misionero anglicano, un campo tan extenso para

(1) 27,500 pesos.

propagar la fe cristiana como el que nos proporciona nuestra influencia sobre cien millones de naturales del Indostan, ni hubo otra nacion que tuviese tales proporciones para extender su fe, como la que nos concede el gobierno de un pueblo pasivo que condesciende con sumision á nuestro suave influjo, respeta nuestros principios y reconoce estar en nuestras manos su felicidad (1). » Y sin embargo de estas ventajas, que *ninguna otra nacion* ha tenido ciertamente para propagar su fe, sin embargo de aquellas cantidades que con mano pródiga derraman sus sociedades de propaganda, y sin embargo del número tan crecido de sus agentes y ministros, ¿cuál es el resultado, repito, que da esta reunion de circunstancias felices para el protestantismo? La respuesta la recibimos de los datos oficiales y de las relaciones de los propagandistas á sus meetings respectivos: « El número de los convertidos, que algunos aumentan con ponderacion, es considerable, dice un obispo anglicano, pero se compone principalmente de las viudas de los soldados europeos... En grandes distritos conquistados por las armas británicas, y que tienen mas de medio millon de habitantes, apénas se encuentran cien convertidos despues de un siglo de dominacion: en Bengala, donde mejor se experimenta la influencia de los misioneros, el número de los naturales que abrazaron el protestantismo no llega á quinientos, y en proporcion es este mismo el resultado de la propaganda en las demas provincias de la India (2). » Cuando el obispo Hever visitaba estas bajo la impresion de relaciones publicadas por los misioneros, sus correligionarios, y pensando encontrar floreciente el protestantismo como lo presentaban aquellas, experimentó el triste desengaño de la esperanza

(1) *Memoir or the expediency of an Ecclesiastical Establishment in British India*. 2^a. ed., p. 48. (Dr Buchanan.)

(2) *Narrative of a Journey through the upper provinces of India*. 2^a. ed., vol. I and III.

que le hicieron concebir falsas exageraciones, viendo por sus ojos que el número total de convertidos en la India del Sur podria alcanzar apénas á cuarenta mil, y á quince mil los de la parte del Norte: fruto ciertamente escasisimo, cuando se considera haberse recogido en un campo que ofrece cien millones de habitantes, muchos cientos de misioneros protegidos por las circunstancias mas favorables que jamas pudieron presentarse á otra nacion cristiana para ejercer su propaganda, y la influencia de un Estado poderoso, que sabe hacer respetar á los individuos que sirven á sus empresas. El mismo obispo se queja « de recientes disputas nacidas entre los pastores y sus congregaciones, así como del proceder fanático y duro de los primeros (1). » Si quisiésemos extendernos en este particular, podríamos formar una recopilacion de infinitos datos que arrojan las memorias anuales que hemos citado ántes; mas el que la desee, en ellas mismas podrá encontrar la repeticion extensa de los que nosotros no hemos hecho sino indicar apénas.

Ni son mas espléndidos los triunfos de los misioneros en Ceilan, donde en vez de crecer el número de convertidos, no existe hoy ni la tercera parte de los protestantes que hubo en otro tiempo. Si en la India, *donde todas las circunstancias favorecen la propaganda biblica*, sus frutos son tan reducidos, los que recogen los misioneros anglicanos en Siam, Persia, Turquía, Egipto y Abisinia, nadie podrá extrañar que sean desconocidos totalmente. Observaremos tan solo que despues que con tanto aplauso de las naciones protestantes fueron establecidas sociedades de *propaganda cristiana* en Inglaterra y en Escocia, sus resultados positivos para nadie son perceptibles, ni el número de cristianos en todos los paises donde predicán los misio-

(1) *Narrative of a journey through the upper provinces of India*. 2^a. ed., vol. III.